

XIV Jornadas de Investigación y Tercer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.

# **Del inconsciente no todo reprimido: un sentimiento, la enajenación.**

Mon, Martha.

Cita:

Mon, Martha (2007). *Del inconsciente no todo reprimido: un sentimiento, la enajenación*. XIV Jornadas de Investigación y Tercer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-073/545>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/e8Ps/QSQ>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# DEL INCONSCIENTE NO TODO REPRIMIDO: UN SENTIMIENTO, LA ENAJENACIÓN

Mon, Martha  
UBACyT. Universidad de Buenos Aires

---

## RESUMEN

El presente trabajo pretende retomar las líneas trazadas por el estudio que realiza Aristóteles sobre las pasiones, o sentimientos, en su libro Retórica; y lo que se articuló en el trabajo presentado en las Jornadas de Investigación anteriores a la presente; y desde allí continuar el estudio y la investigación en un artículo tardío en la obra de Freud, el de un particular sentimiento que pone de relieve la división subjetiva de un modo radical: el sentimiento de enajenación. Sentimiento que Freud ubica en “Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis”.

## Palabras clave

Enajenación Desestimación Incredulidad Sentimiento

## ABSTRACT

ABOUT THE INCONCIOUS NOT REPRISED AT ALL:  
A FEELING, THE ENAJENATION

The presents Work pretends to take some elements from the study realiced by Aristóteles in his book about the pasions: Retóric, and what was previously said in the article presented in the last Investigation Journeys; to continue the study and the investigation in a Freud's article: “Brief an Roman Rolland (Eine Erinnerungsstörung auf der Acrópolis)”; to interrogate the subjective division in the feelling of enajenation.

## Key words

Enajenation Rejection Incredulance Feeling

El presente trabajo pretende continuar con la indagación del lugar que tienen los afectos, los sentimientos, o bien las pasiones en términos de Aristóteles. Indagar sobre sus resortes y sus relaciones con la articulación significante; así como sus efectos y sus vínculos al semejante y al material mnémico del sujeto.

En esta investigación me he referido anteriormente a distintos sentimientos que Aristóteles considera en el libro 2 de su Retórica, en el que aborda las pasiones. Allí consideramos la Ira, sus diferencias con el odio, la indignación y la envidia fundamentalmente.

Aquí retomando esos trazados, consideraré un texto freudiano que se adentra en derredor de un sentimiento que no es contemplado por Aristóteles y tiene especialmente una pertinencia clínica ineludible: el sentimiento de enajenación.

No he dejado nunca de leer con asombro esa famosa carta escrita por Freud en los últimos años de su vida. Carta a Romain Roland, o una Perturbación del recuerdo en la Acrópolis.

Su escritura es sorprendente; tiene por un lado, la intimidad y la distancia de una carta, con un estilo absolutamente coloquial, y hasta confidencial, si se quiere; y por otro lado trepa en un terreno tan escarpado, que por momentos adquiere un análisis tan minucioso y a la vez tan expositivo y teórico que resulta asombroso.

Es también, y a la vez, un obsequio.

“Lo que en definitiva le ofrezco es el don de alguien empobrecido, que ha visto antaño días mejores” escribe, para empezar.

Como es sabido él siempre se interesó por los fenómenos inusuales, anormales, como escribe de su puño y letra, y no deja de ser curioso que se refiera así a esa altura de su vida y que se refiera así, al descubrimiento del inconciente y a lo que se dedicó toda su vida, el psicoanálisis.

Pareciera que el objeto de la carta es otro. Algo que le retorna repetidamente hacia el final de su vida, ya tiene 80 años, algo que vivió allá por 1900, para ser exactos en 1904, cuando tenía 42 años.

Ese recuerdo de aquellos años, dice Freud, recién ahora tiene algún sentido para él. Y ese episodio, o mejor, el relato de ese episodio, necesita un preámbulo.

Viajaba con su hermano 10 años menor, por Trieste y por la isla de Corfú. En el transcurso de ese viaje, un conocido los desalienta a llegar hasta la isla y les insiste en que viajen hacia Atenas. Malestar. No, no van a ir, intercambian opiniones, todas se oponen a la entrada en Grecia. Pero cuando se hace la hora en que se abren las ventanillas que venden los pasajes en el vapor que los llevaría, sin intercambiar palabra, se precipitan y sacan pasajes en él.

Ya en Atenas, nos cuenta, le acude este pensamiento: ¿Entonces todo esto existe efectivamente tal como lo aprendimos en la escuela?!

Es un “no puedo creerlo”, el contenido es una incredulidad. Un no puedo creer en ese fragmento de realidad. Es algo increíble, algo irreal. Es un: “Lo que veo ahí no es efectivamente real”.

Pero ¿qué es esto? Y se lo va a describir, dice Freud, mejor; y tiene razón, porque logra de un modo asombroso situar la escisión subjetiva más radical, que no deja de ser impactante:

“... es como si la persona que formuló la preferencia se separa, de manera más notable y tajante que de ordinario, de otra que

percibió esa preferencia y ambas se asombraron; si bien no de lo mismo...”

“... Una se asombra como si se viera obligada a creer en algo cuya realidad le parecía hasta entonces incierta... La otra se asombró, pues nunca había sabido que alguna vez se hubiera dudado de la existencia real de Atenas, de la Acrópolis y de ese paisaje...”

Esas dos personas, o bien esa ficción de hacer dos, que estarían reunidas en una, en la ficción de uno, esas dos separadas, escindidas entre sí. Por un lado, una de ellas que comporta un núcleo de incredulidad, no le es posible creer en la existencia real de ese sitio. Y a su vez, y por separado, la otra, que nunca había sabido que ese núcleo existiera, por decirlo así.

Esto que nos relata Freud se traduce en el ámbito afectivo: esta experiencia se traduce como sentimiento, sentimiento de enajenación.

El término enajenación es curioso también, porque de alguna forma ha caído en desuso.

Es un término antiguo, que expresa el hecho de que alguien esté, o pueda estar, no en sí mismo, sino en alguna realidad ajena a él. Se supone que está o (vive), pues, en -ajenado. Enajenación traduce literalmente varios términos no españoles que expresan el concepto de hallarse en una realidad ajena.

Sin embargo la tradición filosófica que ha aceptado o puesto de relieve el término de enajenación ha ido sustituyendo de forma progresiva este término por otro, más frecuente en estos días: el de alienación. Este otro término tiene efectivamente otro linaje, su origen etimológico se encuentra en el vocablo “alius”, esto es “otro” y “diferente”. También, estar o hallarse alienado es, pues, originariamente, estar o hallarse en otro. Siendo ese otro algo ajeno.

Freud nos dice que estos sentimientos de enajenación, “eso que veo allí no es efectivamente real”, son el producto de una operación compleja, fallida, de constitución anormal, como los sueños; y que son paradigmas de perturbación anímica.

Se las observa en dos formas: o bien es un fragmento de realidad el que aparece ajeno: enajenación; o bien es un fragmento del yo propio que se torna extranjero, a esto último se lo llama despersonalización.

Estas dos operaciones tienen también sus contrapartidas positivas: la *fausse reconnaissance*, lo deja *vû*, lo deja *raconté*. ¿Por qué positivas? Por que allí, nos dice Freud, de lo que se trata es de que deseamos suponer algo como perteneciente a nuestro yo. Eso ya vivido implica un juicio, un juicio de discernimiento, y anudado a él, fantasías inconcientes; se toca algo vivenciado que no puede ser recordado de manera conciente, porque nunca fue conciente. O como en el caso de lo *dejà raconté*, donde se confunde el recuerdo de la intención de contar algo, con el de la ejecución; es decir, se toma la intención, el deseo, como realización consumada.

Al contrario, en las enajenaciones y despersonalizaciones nos empeñamos en excluir algo, sea de la realidad, sea del propio yo. A su vez, tienen dos caracteres universales: el primero es que sirven a la defensa y quieren mantener algo alejado del yo: desmentirlo. Y el segundo es que tienen dependencia del pasado, del tesoro mnémico del yo y de vivencias penosas anteriores, que desde entonces pudieron caer bajo la represión.

¿Cómo lo entiende en el relato de su propia experiencia Freud?

Pone en relación lo sucedido frente a la Acrópolis, y la desazón (¿desasosiego?) sentido en Trieste antes de partir... Hay una pena ahí, nos dice, la de que no sea posible ver Atenas, eso es un caso de incredulidad, un “habría sido tan hermoso”, algo en lo que no se puede creer: o sea, desmentida. Un intento de desautorizar un fragmento de realidad objetiva. Y la pregunta es por qué. Si ese fragmento no es displacentero, ¿por qué desmentirlo? Es paradójico, en tanto el aparato está montado para lo contrario. Sin embargo nos remite a los que fracasan al

triunfar. Y señala que allí lo que sucede es que hay quienes enferman porque se les ha cumplido un deseo de intensidad avasalladora, no se permiten la dicha, no se sienten dignos, no la merecen, esto debido a un sentimiento de culpa y de inferioridad, que son lo mismo. Materialización del severo Superyo. Bien, entonces la desmentida está anudada al Superyo.

“... Otro hecho que pertenece también al ámbito de problemas de la ética es que la mala fortuna, vale decir una frustración exterior, promueve en muy gran medida el poder de la conciencia moral, dentro del Superyo...”

“... cuando al individuo lo abruma la desdicha, se mete dentro de sí, discierne su pecaminosidad, aumenta las exigencias de su conciencia moral, se impone abstinencias y se castiga mediante penitencias.”

Esto, nos dice Freud, le pasa en Trieste. Desautoriza una posibilidad. No cree que eso fuera posible.

“... Originariamente, en efecto, la renuncia de lo pulsional es la consecuencia de la angustia frente a la autoridad externa; se renuncia a satisfacciones para no perder su amor. Una vez operada esa renuncia, se está, por así decir, a mano con ella, no debería quedar pendiente, se supone, sentimiento de culpa alguno. Es diverso lo que ocurre en el caso de la angustia frente al Superyo. Aquí la renuncia frente a lo pulsional no es suficiente, pues el deseo persiste y no puede esconderse frente al Superyo. Por tanto, pese a la renuncia consumada sobrevendrá un sentimiento de culpa, y es esta una gran desventaja económica de la implantación del superyo, o lo que es lo mismo, de la formación de la conciencia moral. Ahora la renuncia pulsional ya no tiene un efecto satisfactorio pleno; la abstención virtuosa ya no es recompensada por la seguridad del amor; una desdicha que amenazaba desde afuera, pérdida de amor y castigo de parte de la autoridad externa, se ha trocado en una desdicha interior permanente: la tensión de la conciencia de culpa...”

Entonces, la frase proferida en Atenas no es más que una desfiguración de un texto más nítido: “... jamás hubiera creído que me fuese dado alguna vez ver Atenas”. Donde luego se suma una operación más, que es la de una doble desfiguración. Siendo el contenido, la incredulidad, lo que se mantiene. La desfiguración se realiza hacia el pasado por un lado (a la época de su pubertad, por decirlo así); y por otro lado, de su presencia en la Acrópolis a la existencia de la Acrópolis misma. ¿Cómo no pensar que semejante operación no esté profundamente motivada?

Lo originario, escribe Freud, “tuvo que haber sido una sensación de que en la situación de entonces se registraba algo increíble e irreal...”

Alguna vez no creyó que pudiera ver Atenas, no creyó que pudiera viajar, la pobreza familiar en la que creció no lo harían posible. Nunca creyó entonces, nos dice, que pudiera llegar tan lejos. Pensamientos que no son sin el sentimiento de culpa que les corresponde; en tanto, en ellos se filtraría un deseo prohibido: la crítica infantil y el menosprecio dirigidos al padre. “...El vínculo entre Superyo y yo es el retorno desfigurado por el deseo, de vínculos objetivos (real) entre el yo todavía no dividido y un objeto exterior...” “... Ahora bien la diferencia esencial consiste en que la severidad originaria propia del Superyo no es, o no es tanto, la que se ha experimentado de parte de ese objeto o la que se le ha atribuido, sino que subroga la agresión propia contra él (...) ¿Y si lo esencial en el éxito fuera haber llegado más lejos que el padre, y como si continuara prohibido querer sobrepasar al padre?”

Eso sucede antes y en la Acrópolis. Y es, ahora sí, desmentido.

En la Acrópolis pasa eso y algo más: dos sentimientos lo acompañan aún: culpa y piedad por el padre. “... Parece como si lo esencial en el éxito fuera haber llegado más lejos que el padre, y como si continuara prohibido querer sobrepasar al padre”. “... Lo que nos empañaba el goce del viaje a Atenas era entonces una moción de piedad.”

Me resultó curioso ese último término que Freud utiliza para anudar los sentimientos que se desprenden de esa compleja operación que se inició con la desmentida.

La Piedad es una palabra latina muy vinculada a lo religioso, de hecho es Pietas en latín, y es una virtud que por el amor a Dios inspira devoción por las cosas santas, y por el amor al prójimo, actos abnegados y compasivos. Dadas las últimas frases de la carta, ya que Freud hace referencia a la edad que tiene, creo que lo que supo expresar está más cerca de lo que Aristóteles era dado a llamar compasión, ya que en su texto sobre los afectos no contempla la Piedad. Aristóteles considera que "...la compasión es un pesar ante la presencia de un mal destructivo o que produce sufrimiento a quien no se lo merece. Y que podríamos esperar sufrirlo nosotros mismos o alguno de los nuestros. Y eso cuando el mal parece estar próximo, pues evidentemente es necesario que el que va a sentir compasión se considere expuesto a sufrir algo malo él mismo o alguno de los suyos, y que este mal, como se ha dicho en la definición, sea similar o próximo...". Freud termina su carta diciendo: "Y ahora ya no le asombrará a usted que el recuerdo de la vivencia en la Acrópolis me frecuentara desde que, anciano yo mismo, me he vuelto menesteroso de indulgencia y ya no puedo viajar."

Si el sentimiento de enajenación es el resultado de la desmentida de un deseo que no puede ser reconocido por el yo, por el sentimiento de culpa que conlleva el querer ir más allá del padre, ¿por qué en la ancianidad ese deseo puede ser alojado y ya no desmentido? Quizás Aristóteles aporta alguna luz en ese sentido, en tanto lo que articula sobre la compasión implica la identificación, lo que le pasa al otro me puede pasar a mí. ¿Será entonces que la ancianidad hace perimir lo ajeno, nos hace a todos iguales frente a la castración? ¿O será que el pasaje por la castración permite, en este caso, el alojamiento de ese deseo de ir más allá, en tanto ya perimido?

---

#### BIBLIOGRAFÍA

ARISTÓTELES: Retórica. Clásicos de Grecia y Roma. Ed. Alianza. Madrid, 2002.

COSENTINO, J.C.; SCARS, C.: El problema Económico. Bs.As. Imago Mundi, 2005.

FERRATER, Mora, J.: Diccionario de Filosofía. Ed. Alianza.

FREUD, S.: Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis) 1936. A.E. Tomo XXI, Obras Completas.

-----El malestar en la Cultura (1930-1929-) A.E. Tomo XXII, Obras Completas.

-----Acerca del "fausse reconnaissance" ("déjà raconté") en el curso del trabajo psicoanalítico. (1914) A.E. Tomo XIII, Obras Completas

-----Psicopatología de la vida cotidiana. (1901) A.E. Tomo VI, Obras Completas.